

piés y de dijo : « El Hijo de Dios ha venido al mundo por la » salvacion de los pecadores ; todos estamos obligados á traba- » jar en su conversion con nuestros suspiros , oraciones y ex- » hortaciones. Yo he sido infiel á mi vocacion descuidando » este deber ; y confieso con rubor mio que no conozco en mi » hospital á otro pecador que yo mismo , que soy muy indigno » de comer el pan de los pobres. » Imitadores de este santo se unieron á él y fundaron la nueva órden de *Hermanos de la caridad*, ó de *San Juan de Dios*. No se les conocia en Italia sino bajo el nombre de *Fate ben Fratelli* , porque , á ejemplo de su fundador, pedian limosna diciendo : *Haced bien , hermanos*. En esta época, la órden de San Francisco presentaba al mundo otro prodigio de santidad y penitencia en la persona de san Pedro de Alcántara. Profesó en la órden de Menores, se entregó con el mas fervoroso celo á la práctica de todas las virtudes religiosas, humillaciones, ayunos, cilicios, austeridades, oracion continua, silencio, retiro. Confesó á santa Teresa que habia pasado tres años en un convento sin conocer los frailes, sus hermanos, que con él vivian. Era amantísimo del retiro ; y no pudiendo quedar satisfecho en medio de una vida de comunidad, suplicó á sus superiores le permitiesen ir á vivir á algun convento solitario donde pudiera entregarse á la contemplacion : se le colocó en el convento de San Onufrio, soledad en los peñascos del monte de Lapa. Allí compuso su tratado de la *Oracion mental* que tanto amaba santa Teresa, Luis de Granada, san Francisco de Sales y Gregorio XV. Otro tratado escribió despues titulado : *Paz del alma*, dando las reglas de la vida contemplativa de la mas elevada perfeccion. Despues de tan práctico en todo género de austeridades, formó el plan de una congregacion que seguiria la regla de san Francisco en todo su primitivo rigor. Los religiosos que se le asociaron para esta obra tomaron el nombre de *Franciscanos descalzos*, ó de la *Estrecha observancia de san Pedro de Alcántara*. Mas tarde confesor de santa Teresa, la animó mucho en su proyecto de reforma del órden del Cármen, y la sostuvo y defendió en medio de las inauditas dificultades que tuvo que atravesar esta

santa Madre para llevar á cabo la obra de Dios.— Por el mismo tiempo, santa Ángela de Merici instituyó la órden de las Ursulinas, que se dedicaban especialmente á la educacion de las niñas : muy pronto se propagaron por toda la Europa católica, granjeándose el respeto universal por su celo y virtudes. Tal era al principio del siglo xvi la vida interior de la Iglesia de Cristo, contra la cual acumulaban calumnias y blasfemias Lutero y sus adherentes.

§ II. PONTIFICADO DE CLEMENTE VII (19 de noviembre de 1523-25 de setiembre de 1534).

7. Despues de la muerte de Adriano VI, fué colocado sobre el trono pontificio Julio de Médicis, primo de Leon X [ tomó el título de Clemente VII ] : inauguró su pontificado volviendo á su gracia al cardenal Soderini, cuya negra traicion hemos referido. « Mostróse en esta ocasion, dicen los autores contemporáneos, el nuevo papa verdaderamente *clemente*. » Eran espinosas las circunstancias, y reservaba el Señor á esta grande alma para grandes pruebas. Asolaba á la Italia una cruel guerra ; tomaba mayor cuerpo la herejía. En 1524 los órdenes del imperio, juntos de nuevo en Nuremberg, manifestaron sin rebozo sus simpatías por las innovaciones de Lutero. El nuncio del papa, hombre de corazon, y sabio teólogo, vislumbró muy pronto las disposiciones hostiles de la mayoría, y se vió reducido á presentar á la dieta sus protestas, que no fueron escuchadas. Los príncipes católicos de Alemania, espantados, conocieron la necesidad de juntar sus fuerzas para resistir. Tres de ellos, el duque Guillermo, el duque Luis de Baviera y el archiduque Fernando de Austria, se reunieron en Ratisbona, á donde se dirigieron muchos obispos y arzobispos ; y todos concluyeron un tratado de alianza para defender los dogmas y el culto católico contra la invasion del luteranismo. Pero estos esfuerzos aislados eran impotentes. Antes de continuar el relato de las revueltas de la Reforma, haremos una reseña de los acontecimientos políticos acaecidos relativamente á Clemente VII, y que á su pesar le arrastraron á lamentables catástrofes.

8. Ya desde 1521 era Italia teatro de guerra entre Carlos V y Francisco I. El almirante francés Bonnivet, mas bien cortesano que general, debia de combatir á los Imperiales. Estos estaban mandados por el famoso condestable de Borbon, que por vengar una injuria personal fué traidor á su patria y á su rey. Bayard servia á las órdenes del almirante: y pagó con su vida la torpeza de su jefe en el combate de Romañano cerca del Sesia, en 1521. El condestable de Borbon, sabedor de que Bayard herido iba á morir, fué á visitarle: *Mucho siento veros en ese estado, le dijo, siendo tan virtuoso caballero. — Príncipe, respondió el valiente capitán, no hay que compadecerse de mí, sino de vos, que peleáis contra vuestro rey, patria y fe.* Poco despues espiró este héroe tan cristiano como valiente, y que en el campamento seguia exactamente sus obligaciones de piedad. El condestable se retiró llorando: *¡Feliz el príncipe que tenga tal vasallo! No sabe la Francia lo que ha perdido hoy.* Sin embargo el condestable no mudó de conducta, y al frente de las tropas de Carlos V se entró por la Provenza; cayeron en su poder Tolon y Aix, y puso sitio á Marsella. Pensaba el condestable que no se resistiria esta ciudad; mas no fué así, sino que hombres y mujeres rivalizaban en constancia é intrepidez. Francisco I tuvo lugar de reunir un buen ejército en Aviñon, y avanzó hácia Marsella; pero los Imperiales, cansados de un sitio muy penoso, y atacados por el hambre y enfermedades, se retiraron precipitadamente á Italia. Pero Francisco I les tomó la delantera: Milan le abrió sus puertas y se le sometió todo el ducado, excepto Pavia. Clemente VII, temeroso de la preponderancia de Carlos V, creyó tomar partido contra él y á favor de su rival. Las ventajas de Francisco I fueron acogidas con júbilo en Roma, pero este fué de poca duracion, y estaba reservado para Roma el tener que padecer mas que ninguna otra ciudad de los reveses de la Francia. Bonnivet aconsejó á su amo poner sitio á Pavia: llegó entretanto con un refuerzo de doce mil Alemanes el condestable de Borbon. La prudencia aconsejaba pues una retirada; pero el alma caballeresca de Francisco I la miraba como deshonra ante

un vasallo rebelde. Salió pues á su encuentro; y esta generosa temeridad les valió á nuestras armas una de las mas lamentables derrotas de que haya hecho mencion nuestra historia. El ejército derrotado completamente, y el rey en persona hecho prisionero: tales fueron las funestas consecuencias de la jornada de Pavia, despues de la cual escribió Francisco I á su madre aquella célebre expresion: « *Madame, tout est perdu, » fors l'honneur*: Todo se perdió, señora, menos el honor. » Llevado á Madrid, el rey renunció á sus derechos sobre Italia, cedió la Borgoña al imperio, dió en rehenes á sus dos hijos, prometió hacer justicia á las reclamaciones del condestable de Borbon, y el hacer alianza, con doble matrimonio, con la familia de Carlos Quinto.

9. Ratificado en debida forma este humillante tratado, Francisco I fué puesto en libertad, y salió de Madrid decidido á no ejecutar nada de cuanto habia firmado por necesidad. Convocados al efecto los Estados de Borgoña para deliberar sobre el tratado de Madrid, respondieron: « Si persistiera Vuestra Majestad en entregarnos á dominacion extranjera, nosotros defenderíamos nuestra provincia, y moriríamos Franceses. » Toda Europa aplaudió este noble lenguaje. El papa Clemente VII, el rey de Inglaterra Enrique VIII, las repúblicas de Venecia, Génova, Florencia y Milan formaron con la Francia y contra Carlos Quinto una alianza que se llamó *Liga santa*, por cuanto el papa entraba en ella. Fiel á las verdaderas tradiciones de la política italiana, el soberano pontífice entendió que estaba perdida la libertad de la Península si el jóven emperador, dueño ya de Nápoles, se apoderaba además del Milanesado, segun el tratado de Madrid. Esta consideracion determinó su decision actual.

10. La cólera de los Imperiales descargó desde luego sobre Italia. Diez meses enteros fué Milan presa de los Españoles. Apenas se supo en Alemania el abandono de estas provincias, pasaron los Alpes quince mil reformados alemanes bajo el mando de Jorge Frondsberg, luterano furioso, que se puso á las órdenes del condestable de Borbon. Este y Antonio

Leyva, que contaban con menos fuerzas, tuvieron que ceder á su número [y cometieron el desacierto de aceptar sus servicios]. Pero muy pronto se aumentó el ejército de Frondsberg con infinidad de aventureros. Tomó este ejército el camino de Ferrara y Bolonia. Se dirigieron á Roma, á cuya ciudad dieron asalto con el mayor furor. El condestable de Borbon perdió la vida en el asalto; pero los forajidos, dueños de Roma, mataron sin compasion mas de ocho mil Romanos. Cometieron en la ciudad innumerables tropelias, robando los Alemanes y forajidos hasta los templos respetados por Atila y Genserico. Fué saqueada la biblioteca del Vaticano; se cometieron excesos hasta en las basílicas de San Pedro y de San Pablo: todo, hasta el vestuario pontifical, fué saqueado y profanado (1).

11. Durante tales escenas de horror y sacrilegio, Clemente VII se guareció en el fuerte de San Angelo, como último asilo, y se halló tan apretado que fué necesario pensar en una capitulacion. El arzobispo de Capua firmó en 5 de junio de 1527 en nombre del desventurado pontífice un primer tratado que expresaba las siguientes condiciones: 1.º pagar al contado cien mil escudos de oro; 2.º entregar como garantía en manos de los oficiales del emperador el castillo de San Angelo; 3.º entregar á los Imperiales las ciudades de Ostia, Civita-Vecchia, Citta di Castello, Parma y Plasencia; 4.º quedar prisionero hasta el pago de la suma prometida. No podia Clemente VII ejecutar ninguna de estas condiciones; porque ni los gobernadores de dichas plazas querian entregarlas, ni el tesoro pontifical estaba surtido para dar tanta suma: quedó pues el papa arrestado como prisionero. Para colmo de desgracia, se declaró la peste; y desde Rimini se pegó al castillo de San Angelo, y Clemente VII estaba inminentemente expuesto á este

(1) Las historias contemporáneas de España, Italia y Alemania católica refieren de modo muy diferente todos estos hechos y hacen ver que ni Clemente VII se rebelaba de Carlos Quinto, ni Carlos Quinto llevaba intencion de dañar al sumo pontífice. El autor siguiendo á los autores franceses, al protestante Sismundi y á la escuela moderna alemana, refiere las cosas de un modo desfavorable á Carlos Quinto, y á nuestro entender, contrario á la verdad, ó al menos exagerada é inexactamente.

(El Traductor.)

azote aun mas terrible que la guerra misma. Logró fugarse de su prision disfrazado de mercader. Todas las desventuras parecian venir á caer juntas sobre el corazon del papa. Los enemigos de los Médicis se aprovecharon de la situacion de Roma para arrojar de Florencia á la familia del pontífice; lo que le causó inmenso dolor. Juzgó pues que para evitar extremos aun peores, era necesario unirse con los Españoles vencedores. El 26 de junio de 1529, concluyó un acomodamiento con Hugo de Moncada, que mandaba á los Imperiales. La potencia de Carlos Quinto habia llegado á su apogeo con la *Paz de las damas*, concluida en Cambray con Francisco I: á mas de las provincias del imperio, dominaba en Italia desde los Alpes al Mediterráneo. El 24 de febrero de 1530, el papa le coronó emperador en Bolonia. Pero Clemente VII no podia mirar sin zozobra el acrecentamiento prodigioso de aquella inmensa potencia que ponía en peligro el equilibrio de la Europa y sobre todo los intereses de la Iglesia. Aun intentó de nuevo hacer que su influencia pesase en la balanza del mundo, y con este objeto tuvo una entrevista con Francisco I. Esta vuelta á la política de sus antecesores en circunstancias tan críticas era un heroismo. Pero Carlos Quinto era un adversario demasiado poderoso para que no se estrellasen todas estas tentativas contra los recursos de su genio eminentemente político. Por otra parte, la reforma luteriana tomaba de mas en mas un vuelo amenazador, y Clemente VII no pudo detener este torrente asolador.

12. A la faz de la Liga católica que se habia formado en Ratisbona contra los nuevos sectarios, se contrajo entre los príncipes luteranos una alianza en Torgau, en 1526. El landgrave Felipe de Hesse, el nuevo elector de Sajonia, Juan el Constante, los ducados de Meclenburgo y Anhalt, la Prusia, las ciudades de Brunswick y Magdeburgo tomaron parte en ella. Los principios de Lutero tenian consecuencias que hubiera querido desaprobar su autor. Ya hemos hablado de Carlos-tadio en Wittemberg. Este fanático llevaba cada dia á la hoguera los libros de estudio que le traian los estudiantes so pretexto que la *Biblia* habia de ser la sola lectura del género humano,

El populacho danzaba en torno de estos *Autos* de fe, dignos de los Vándalos : embriagado por el libertinaje, iba ciego en pos del sectario que lo llevaba al saqueo de las iglesias y monasterios. — Escenas del mismo género pasaron en Zwickau, en donde un iluminado, Nicolás Storck, se puso al frente de una tropa de fanáticos que sacudieron el yugo de Lutero y comenzaron á aplicar así los principios de independencia proclamados por el monje sajón, sacudiendo su autoridad. No admitían el bautismo de los niños, cuya indicación no se encuentra según ellos en la sagrada Escritura. Su jefe les condujo á Wittemberg, donde sostuvo su doctrina pretendiendo probar la inutilidad del bautismo de los niños; que por consiguiente era necesario rebautizar á los adultos á quienes no había podido la Iglesia conferir válidamente un sacramento antes del uso de razón. Esta doctrina les valió el dictado de *anabaptistas*, al cual dieron ilustración sangrienta sus desórdenes. Melancton, el discípulo predilecto de Lutero, vaciló algún tiempo entre la autoridad de su maestro y la de los nuevos sectarios. Las objeciones de Storck le parecieron harto graves para que profundizara la cuestión del bautismo de los niños; los textos de la sagrada Escritura no le daban suficiente luz, y, sin los excesos de estos nuevos visionarios, que le disgustaban en extremo, se hubiera hecho también *anabaptista*. Lutero no pudo poner orden ni paz en su campo tan dividido. En vano escribió á Storck recomendándole la moderación y la necesidad de tener en cuenta « que es necesario probar el espíritu. » Entonces se creyó con derecho de *pegar en la nariz de los visionarios*, y los trató con la misma violencia de lenguaje y energía de sus predicaciones populares que tan bien le habían salido contra el catolicismo. Pero es más fácil lanzar los ánimos en las sendas revolucionarias que detenerlos en su pendiente rápida. Cuando buscaba cómo hacerse respetar, se le respondía que él mismo había enseñado no respetar otra autoridad que la del Evangelio. Si quería apoyarse en el Evangelio, se le respondía que él mismo había enseñado que cada uno era libre de interpretar el texto sagrado según su juicio. La libertad, que había

desencadenado en el mundo, se revolvía contra él mismo. Sin embargo no tardó en recobrar ánimo, y no pudiendo dominar el movimiento provocado tan imprudentemente por él mismo, trató de ponerse al frente de ese movimiento. Para distraer el corriente de tales ideas, y, sin duda, para satisfacer las vergonzosas pasiones que se agitaban en su seno, comenzó á declamar furiosamente contra los votos monásticos. Sus sermones, cartas y folletos, de que se inundó muy pronto toda la Alemania, todos compuestos en este sentido, lisonjaban los más viles instintos y removían las masas ignorantes. Causa repugnante rubor el reproducir los argumentos con que combatía el voto de castidad y la ley del celibato eclesiástico. Se concibe fácilmente el éxito de semejantes proposiciones, pues que Lutero tenía y contaba por cómplices á todos los vicios, instintos y pasiones. « Tiempo es en fin, decía, de acabar con » votos contra naturaleza; tiempo es ya de perseguir con rigor » á los que los hacen, y de destruir los conventos, abadías » prioratos y monasterios, para que no se renueven más semejantes votos. » Como se ve, la *reforma* era radical. Los instintos perversos no transigen con lo que les comprime.

13. En todas épocas se han hallado, entre las órdenes religiosas, hombres indignos de su vocación, á quienes conduce insensiblemente á la apostasía el abuso de gracias : miembros gangrenados que fuera necesario cortar sin lástima de un cuerpo que deshonran con su inmoralidad. La elocuencia de Lutero no podía menos de hallar eco en corazones corrompidos; así es que el escándalo llegó á su colmo. Los frailes abandonaban los conventos para contraer uniones sacrílegas. Carlostadio se casó públicamente en Wittemberg, con universal aplauso de la infame turba de sectarios, como si fuera heroica acción que rehabilitaba la libertad humana. Las pasiones fermentadas no razonan. Lutero convenía con sus *íntimos* que este desencadenamiento de los apetitos sensuales « corrompía » sobremanera el buen olor del Evangelio. » Pero como proyectaba hacer lo mismo algo más tarde, se guardó muy bien de luchar seriamente contra tal desorden, y todos sus ataques

eran contra el sacerdocio católico. « La clrigalla, los miseros merecen pena de muerte tanto y mas que los públicos blasfemadores de Dios y de sus santos en la calle. »

14. Ya se estaba muy lejos del tiempo en que el papa Leon X, engañado por el carácter del reformador, trataba esta cuestion « de simple querella de frailes. » Las ideas habian avanzado mucho, y el pueblo comenzaba á intervenir violentamente en estos debates escandalosos. El nombre de *libertad*, que parece creado para sembrar la tierra de revoluciones, trastornó á toda la Alemania. Erasmo nos ha dejado un verdadero retrato de estos sectarios : « Yo los veo, al salir de sus sermones, con la » furia pintada en sus rostros, y sus ojos revolviéndose, como » embriagados de los sanguinarios discursos que acaban de » oir. Esta raza *evangélica* no respira sino combates, no pide » por argumentos sino armas. » Muy pronto devastó el incendio y la guerra á las mas ricas provincias de la Germania, las riberas del Rhin, la Sajonia, la Turingia y la Suabia. Acababa de salir repentinamente un nombre de en medio de esta fermentacion general, y este nombre apareció muy pronto escrito en caractéres de sangre sobre las ruinas de los palacios, iglesias y abadías : este era Tomás Munzer, cabeza de los *anabaptistas conquistadores*. Lutero en su libro de la *Libertad cristiana*, esparcido á millares por las aldeas y lugares, habia predispuesto todos los ánimos á la rebelion, y el nuevo profeta dió armas á la insurreccion y la organizó como guerra santa. Tomás Munzer habia nacido en Zwickau, hácia fines del siglo xv. Sucesivamente vicario en su iglesia nativa, luego cura de Mulhouse, ocultó bajo el hábito exterior de mortificado penitente, y de las mayores austeridades, una ambicion sin límites, un odio profundo contra toda superioridad jerárquica y social. Apenas se declaró Lutero contra la Santa Sede y la Iglesia católica, Munzer manifestó el mas ardiente fanatismo en abrazar las nuevas doctrinas. Muy pronto pasó á su maestro : pretendió trastornar el orden de la sociedad predicando un sistema de igualdad y de independencia política mucho mas al alcance de los aldeanos que la igualdad é independencia espiritual del ex-fraile sajón.

Abolir todo poder, destruir todo gobierno, tal era su fórmula en el sentido mas lato hasta entre los modernos socialistas. Todas las cortes de Alemania se sublevaron contra tal atentado. Los príncipes aceptaban gustosos, en provecho propio, la cruzada de Lutero contra el clero, conventos y bienes eclesiásticos : estaban prontos, preparados á recoger sus despojos y enriquecer sus tronos con las ruinas de los altares. Pero cuando el torbellino revolucionario amenazaba arrebatarles lo suyo propio, cuando mas de treinta mil hombres armados sacudian el yugo de su autoridad, demolian sus fortalezas, echaban á tierra sus baluartes, degollaban á sus soldados, robaban sus tesoros y proclamaban la abolicion de todas las soberanías del mundo para poner en su lugar lo que llamaban ellos *el reino de Dios*, ¡oh! entonces, entonces se quedaron atemorizados, é intimaban á Lutero opusiese un dique al torrente que habian hecho salir de madre sus predicaciones. El Reformador ensayó tímidamente calmarlo con avisos de moderacion y prudencia, que fueron totalmente menospreciados. Su voz se perdia en el estruendo de la borrasca; como todos los jefes revolucionarios, tenia inmenso poder para destruir, mas ninguno para pacificar. El confinamiento y proscripcion de Munzer, á que habia prestado su auxilio, no hicieron sino exasperar y aumentar la insurreccion. El fogoso *anabaptista* pasaba como mártir de la libertad y víctima de la tiranía de los soberanos. Desde su destierro compuso en treinta artículos una intimacion dirigida por los aldeanos amotinados á los príncipes de Alemania, en la que reclamaban exencion y franquicia de toda contribucion y cargas, abolicion de las jurisdicciones señoriales, supresion de los diezmos y préstamos ó pagos en frutos y bienes, derecho á cada parroquia de elegir y destituir á su placer á los ministros del Evangelio. Para dar mas peso á sus peticiones, Munzer tomó especial cuidado de extractarlas todas de los textos mismos de las obras de Lutero. En pocas semanas fué transmitido á todas las villas, aldeas y cortijos este papel incendiario, al cual adhirieron las muchedumbres fanatizadas. Luego se remitió en propias manos á Lutero, pidiéndole le hiciese sus-

cribir por los príncipes. Como era fácil de prever, este paso fué infructuoso, y las hipócritas lisonjas con que el Reformador acarició á los insurgentes en esta ocasion probaron de nuevo su impotencia. A las vanas declamaciones de Lutero se respondió con un grito de guerra que los sectarios dieron con espantoso entusiasmo. Munzer se hizo llamar « el Gedeon enviado por » Dios para restablecer con la espada el reino de Jesucristo. » A su voz, el populacho de Mulhausen, en la Franconia, depuso y arrojó á los magistrados, y se improvisó una especie de república cuyo jefe fué el profeta. Un ejército de treinta mil sectarios, engrosado con todos los aventureros á quienes estas revueltas prometian la impunidad de sus delitos y facilidad de cometer otros, se puso bajo su mando y organizó una guerra de saqueo y salteamiento en que se cometieron crueldades sangrientas inauditas hasta entonces. Lutero no vaciló en reclamar contra estos insensatos, cuyas esperanzas culpables habia exaltado, todo el rigor de la justicia. Escribió pues á los príncipes de Alemania conjurándoles castigasen severamente á estos amotinados tan sanguinarios y no transigiesen mas con paliativos. « Mientras circule una gota de sangre por vuestras venas, » les decia, perseguidlos como á fieras, y matadlos como á perros rabiosos; pues que esos malditos paisanos están vendidos » cuerpo y alma á Satanás. » Era en verdad un acto profundamente político, pero tan infame como diestro; porque toda la sangre vertida en esta guerra recae sobre la cabeza del Reformador, pues que él mismo puso las armas en manos de estos ciegos fanáticos.

15. Sin embargo, era urgente un remedio á tanto mal, pues que se habian frustrado todos los medios de calmar el popular movimiento de las masas alemanas. Los príncipes se aprovecharon hábilmente de la falta que acababa de cometer Lutero para echarle á él la culpa de la guerra que iban á emprender y que estaban resueltos á proseguir hasta total destruccion de los rebeldes. Cuando se consideran los azotes y males sin cuento que atrajo sobre el mundo esta herejía del protestantismo, la mas funesta quizás de todos los anales de la historia

eclesiástica; cuando se ve bañando en sangre su cuna, señalando su origen con tan inmensos males, marcando sus progresos con universal arruinamiento; cuando se sigue paso á paso la conducta de su autor, cuando se considera aquella su doblez cuyos resultados ensangrentaron á su propia patria, aquel orgullo, aquella ambicion insaciable que sacrifican el reposo del mundo á la pasion de una gloria insensata; cuando se penetra en los secretos pliegues de aquella alma á donde se habian dado cita todas las codicias, todas las desvergüenzas, todos los mas viles instintos y bajos deseos, no es posible comprender la ceguera de las inteligencias para quienes Lutero es todavía un profeta, un apóstol enviado de Dios. Con la historia en la mano, no nos parece posible la duda, la hesitacion: nada suyo se parece [en lo mas mínimo] al Evangelio, á pesar de que este sagrado vocablo haya sido constantemente profanado por los sectarios que intentaban cubrir con la autoridad de este divino libro sus excesos, sus desórdenes. En 1522 escribia Lutero: « Por do quiera se subleva el pueblo; ha abierto en fin los » ojos, y no quiere ser oprimido mas largo tiempo por la violencia. » En 1526, el hombre del pueblo, el héroe de las turbas cambió ya de lenguaje: « El pueblo es un tigre que es » necesario encadenar, una fiera que es necesario exterminar » sin tregua, sin miramiento alguno. » ¡Extraño destino del fraile apóstata, cuyas contradicciones mismas son otros tantos triunfos! En 1522, el pueblo obedece á su voz, que le impele á la rebelion, al desacato; en 1526, los príncipes responden á su llamamiento y se levantan unánimes para aniquilar aquella insurreccion misma que él propio habia promovido, proclamado! Mas si, durante su vida, pudo felicitar-se de los sangrientos triunfos de su feroz orgullo, la historia y la posteridad ven en ello otros tantos motivos de oprobio de que jamás podrá lavarse su memoria. El landgrave Felipe de Hesse, Enrique, duque de Brunswick, y Jorje, duque de Sajonia, habian reunido un ejército formidable. Cayeron sobre las bandas de Munzer en Mulhausen. La resistencia desesperada de los paisanos y su fanatismo, que se negaba á dar cuartel á nadie, atrajeron sobre